

LO QUE VA MAL EN EL MUNDO

*Antonio-Carlos Pereira Menaut**

SUMARIO: I. Introducción. 1. ¿Inimaginables y muy recientes? 2. Novedades radicales. II. Lo que ha cambiado. A. El cambio antropológico. B. Un radical desacuerdo sobre lo fundamental. C. La descomposición social. D. Uniformidad. E. ¿Tendencias deshumanizadoras? F. Lo que va mal para el Derecho constitucional, en particular, el español. III. ¿Realmente va todo tan mal? ¿Acaso es malo el mundo?

I. INTRODUCCIÓN

El autor de estas líneas no es filósofo sino un modesto profesor de Derecho Constitucional que, a base de preguntarse por las raíces de los males que aquejan hoy a los “fundamentos de los fundamentos” del constitucionalismo, percibió un puñado de cuestiones que van mal y para las cuales, por ser muy profundas, las constituciones no tienen remedios.

El artículo 10.1 de la Constitución española de 1978 aclara que ella no constituye sus propias bases humanas y sociales:

“La dignidad de la persona, los derechos inviolables que le son inherentes, el libre desarrollo de la personalidad, el respeto a la ley y a los derechos de los demás son fundamento del orden político y de la paz social”.

Con la mirada de 1978 no nos parece anticonstitucional leer: “el hombre, su condición de persona, su dignidad, así como un orden social justo y pacífico (del cual formarán parte una cultura, una ética y un Derecho) son la tierra en que se planta esta Constitución”. Por ser esos problemas más básicos que la Constitución, es natural que no tenga remedios para ellos. El Derecho constitucional, desde sus remotos orígenes, da por supuestas ciertas cosas que se podrían reconducir al paquete judeo-greco-

*Profesor *ad honorem* de Derecho Constitucional, U. de Santiago de Compostela, Galicia. Nos basamos en nuestro “Postfácio” a Paulo Ferreira da Cunha, *Arte Constitucional. Novos Ensaios* (Joao Pessoa, Editora Porta, 2022, 246-321), abreviado y modificado. Pido perdón a GKC por el título. Doy las gracias a los muchos amigos que han leído y criticado en algunas de las versiones por las que pasó.

romano-cristiano: “sostenemos que estas verdades son autoevidentes..”. (Declaración de Independencia norteamericana). Mal asunto, que el Derecho constitucional tenga que aclarar qué es el Derecho o, peor aún, qué es el hombre. Algunos altos tribunales lo hacen, con resultados que están a la vista.

Sería ingenuo negar que el diagnóstico sobre el estado de salud de esos “fundamentos de los fundamentos” no es optimista hoy. Pero por otro lado, a nadie le gusta ser *manti kakón*, “adivino de males”, como reprocha Agamenón a Calcante en la *Ilíada*. Lo negativo y pesimista no atrae. Otro argumento contra el pesimismo es su inutilidad: cuando uno va cruzando el Sahara, quejarse sin cesar del calor no servirá más que para bajar la moral de todos los expedicionarios sin bajar la temperatura un solo grado.

Por tanto, con la mayor frialdad de juicio posible, preguntémos: la realidad española actual, ¿pone la tierra de las condiciones básicas políticas y prepolíticas –las del artículo 10.1– para que florezca la planta del constitucionalismo democrático-liberal? Atengámonos a la realidad: el pesimismo no atrae –decimos–, pero el progreso irreversible recibió un golpe en 1914-1918 del que no se recuperó, ni será fácil en breve, vistos el Covid y, ahora, Ucrania. Pocos españoles, hoy, esperan que sus hijos vivan en un mundo mejor que ellos. En un terreno más profundo: desde que las filosofías dominantes se convirtieron en “filosofías de la sospecha” *lato sensu* (i.e., no solo Marx, Nietzsche y Freud) tienden lógicamente al pesimismo; el propio Kant “padece ontofobia”, dice Ortega¹.

La cuestión es simple. Lamentablemente, la realidad española (como otras) parece merecer un juicio poco optimista. ¿Por qué? Porque estamos ante cambios radicales, sin precedentes y de muy variada naturaleza: antropológicos, sociales, culturales, jurídicos. Fuerte es este lenguaje: ¿realmente radicales y sin precedentes? Seguramente, sí.

Es innecesario decir que muchos autores subrayan que siempre ha habido cambios y que, simplemente, este es el que nos toca a nosotros. Y que siempre los cambios fueron denunciados como si fuera casi el fin del mundo; por ejemplo, Max Weber en el final de su *Ética Protestante* de 1905: adiós a la “humanidad integral y bella”; la “caja de hierro” está vacía; los últimos hombres de esta fase de la civilización serán “especialistas sin espíritu, gozadores sin corazón [...] nulidades”².

¿Qué clase de cambio es el actual? ¿Un cambio como los de estación? ¿Un cambio de época como siempre hubo y siempre habrá? Supongamos que sí; por ejemplo, la extinción de los dinosaurios. ¿Debería el buen dinosaurio aceptar su desaparición? Aún más: la época postdinosaurios no

¹Ortega y Gasset, “Kant. 1724-1924. Reflexiones de Centenario”, *Revista de Occidente*, mayo 1924, 1-32 y 129-144. “El espíritu de Kant se estremece [...] ante lo inmediato, ante todo lo que es simple y clara presencia, ante el ser *en sí*. Padece ontofobia” (135).

²*Ética Protestante*, ed. española, trad. de L. Legaz Lacambra, 1969, 258-260 (original, 1905).

fue mejor ni peor que la anterior, pero tratándose de cambios humanos es claro que tanto podrían ser para bien como para mal; no tenemos nada garantizado. No estamos ante una nueva lavadora, que sin duda superará a la anterior en todo; tampoco es como pasar al coche automático, que todos terminan prefiriendo al manual.

Los argumentos a favor de que se trata de un cambio más o menos como tantos que ha habido, y que la historia sigue su curso, siguen siendo los dominantes. Por lo mismo, no nos detendremos: *volentes fata ducunt, nolentes trahunt*, el rey Canuto ordenando a la marea no subir y demás. A veces este planteamiento aminora el papel de la libertad humana, como si –por ejemplo– la actual globalización o la descomedida ascensión de China se debieran al *fatum* más que a decisiones humanas libres y, por tanto, no cupiera discusión. Suelen también ver el mundo actual como una evolución o última fase del mundo anterior.

En cambio, los argumentos en favor de un cambio sin precedentes necesitan ser expuestos con más detalle por ser un planteamiento minoritario.

Nunca hubo una globalización como esta, ni esta insaciable economía de especulación, ni esta penetración del poder en el corazón humano, ni una tecnología que pudiera superar al hombre: nunca hubo aviones militares sin piloto, como se han visto en Ucrania. Es también nuevo lo que describen G. Anders, B.C. Han o E. Sadin. Tampoco hubo antes grandes masas de personas que nunca tendrán trabajo estable o que nunca serán padres ni madres. Nunca hubo hijos de tres padres ni que pasaran por dos vientres; nunca nadie pretendió que el sexo fuera solo cultural, nunca hubo clonación. Nunca el hombre pudo manipularse a sí mismo como ahora. Nunca antes fue posible erradicar (casi) el tabaco en gran parte del mundo en pocos años. Son cosas que Weber, como otros, no podía imaginar. No se trata de un cambio como pasar de la Edad Media al Renacimiento ni del Antiguo Régimen a la Revolución. Tampoco estamos volviendo al paganismo, como ya vieron Chesterton y C.S. Lewis. Ojalá volviéramos –dioses, héroes, mitos, no había río ni bosque sin su deidad menor; *pietas*, orden del mundo, ley moral universal, Platón, Aristóteles, Cicerón, Derecho romano–; el paganismo y el cristianismo tenían más en común que el siglo XIX y el XXI. No estamos cambiando al paganismo sino al postcristianismo, al transhumanismo o al posthumanismo. Si la situación es nueva, no lo es por romper con el cristianismo sino con el bloque histórico paganismo-cristianismo. Estamos frente a cambios antes inimaginables y muy recientes.

1. ¿INIMAGINABLES Y MUY RECIENTES?

Entendemos que sí y eso hace a esta situación ser única. Dicho de otro modo: lo que nos pasa hoy no consiste –o solo en parte– en derivaciones lineales de ciertos filósofos, movimientos o momentos-parteaguas como

Bacon, Descartes, Hume, 1789, el psicoanálisis, el marxismo, 1968... Para representárnoslo con más claridad, dibujemos una línea histórica, como una larga flecha del 500 a. C. a hoy, y señalemos en ella algunos de esos momentos estelares, por ejemplo, la Revolución Francesa. Identifiquemos sus principales rasgos y, suponiéndoles un crecimiento lineal, extrapolémoslos hasta hoy. ¿Terminarían resultando en un paisaje como el actual? Nunca. *Ergo*, lo que nos aqueja en 2022 no es evolución “natural” de ninguna de aquellas fechas o de aquellos pensadores, buenos o malos, que cambiaron paradigmas. Lo que produce los rasgos negativos específicos de nuestros días es reciente, en algunos casos, muy reciente.

Más ejemplos: jamás aceptaría Freud que el sexo fuera solo cultural. Si en Mayo del 68 alguien propusiera los vientres de alquiler, los izquierdistas lo rechazarían enérgicamente. En 1985 los partidarios del aborto en España eran muy pocos (las protestas fueron masivas; además, la gente tenía otros problemas); hoy tiene amplia aceptación. La mundialización es de los años 90; la OMC, a la que debemos este consumismo global enloquecido, de 1995. También ese año se reunió la Conferencia de Pekín. El control total al que estamos sometidos hoy no tiene veinticinco años, como no los tienen la cultura *woke*, la Agenda 2030, el Metaverso u otros fenómenos. En 2005 los partidarios del matrimonio y adopción homosexual en España eran muy pocos (de nuevo, las protestas fueron masivas y la gente tenía otros problemas); hoy su aceptación es casi total. Cuando comenzó la ideología “de género” nos parecía un problema que algunos americanos desocupados tenían con la gramática; hoy es postura oficial de muchos poderes públicos y universidades. Nadie que no fuera un “conspiranoico” (o un visionario con rayo láser en los ojos, que también hubo) imaginaba el actual intento de *Great Reset* mundial. Ni el tiempo se había acelerado ni el espacio se había contraído como hoy.

Sin duda, a lo que va mal en 2022 se le puede rastrear raíces en los 90, en los 60, en los orígenes de la cibernética y, según algunos, hasta en Ockham. Cierto que las cosas no caen del cielo como la lluvia; cierto que tienen un origen pero tal vez no sea el comúnmente señalado. La historia no es una secuencia lineal –causa-efecto, nueva causa-efecto y así sucesivamente– visible en el espejo retrovisor de los siglos. Cuántas veces lo que sucedió en tal o cual momento histórico no fue mera evolución o consecuencia de lo precedente. Al buscar antecedentes a lo que nos sucede, algunos parecen creer que Hobbes (por ejemplo) escribió directamente para nosotros, lo leen con ojos de hoy y tienden a pensar que lo que nos sucede ya lo previó él y se deriva de él. Eso es como pensar que la edad media terminó cuando justo le correspondía y al día siguiente vino el renacimiento como el día tras la noche.

Pero la experiencia muestra que muchas cosas pudieron haber sido de otra manera; no hubo una fatalidad sembrada por Ockham, Bacon u otro, destinada a eclosionar necesariamente hoy. Según Taylor, las sociedades

occidentales continuaron básicamente cristianas hasta, más o menos, 1965 (España, como otros, mucho después). La crisis de 2008, el Covid y la guerra de Ucrania nos muestran ahora mismo que las cosas no estaban escritas sino que hubo, y hay, fallos humanos evitables, y algunos visibles por cualquiera con sentido común.

Haciendo balance, desde cualquier punto de vista los problemas actuales son distintos y muy recientes: estamos ante un cambio de época en muchos sentidos. Y es inevitable preguntarnos: ¿qué ha ocurrido? ¿Es esto fruto de una conspiración o son cambios que se darían con o sin medidas deliberadas? Personalmente preferiría una conspiración por ser mucho más interesante pero sobre todo porque en las conspiraciones actúa la libertad humana. Pero junto con la libertad humana me temo que ahora haya una cierta dosis de aspectos estructurales que están como incrustados en las condiciones de vida, con conspiración en su origen o sin ella. Aunque las decisiones que generaron estas condiciones de vida hayan sido libres sus resultados están ahora “solidificados” y es difícil (no imposible) cambiarlos. Por ejemplo, la tecnología de las comunicaciones, aunque naciera de la libre y personal inventiva humana, una vez implantada tiene tendencias objetivas, por ejemplo, tiende objetivamente a aislarnos. De modo que hay por un lado un juego de actuaciones humanas nada fatales y, por otro, unos elementos más o menos objetivizados, suficientes como para hablar, por analogía, de una “estructura de deshumanidad” en la cual respiramos y nos movemos y a la que no es fácil contrarrestar, ni siquiera escapar a su lenguaje y a su atmósfera. Uno despierta, abre los ojos, y se encuentra rodeado. Su carácter estructural hace más difícil la corrección, especialmente si se trata de cosas originalmente buenas. Otras veces se trata de actitudes, también muy consolidadas incluso entre personas buenas o muy buenas (al menos en España), como la pérdida del sentido común y del espíritu crítico, muy golpeados por el poder, los científicos, los medios de comunicación, las redes sociales y los grandes organismos supranacionales.

2. NOVEDADES RADICALES

La afirmación que someto al lector –que estamos ante un cambio sin precedentes en la historia de la humanidad– necesita concretarse todo lo posible. Con ese fin, veamos algunas de las novedades radicales³:

- El cambio antropológico.
- Cambio cultural, ético y social: amoralidad, intolerancia, puritanismo, ansiedad, soledad, ausencia de visión común; descomposición social;

³Listaremos solo algunas. Por claridad lo haremos separadamente aunque en realidad unas impliquen a otras.

fomento de lo antiestético, cancelación de la cultura. Por primera vez en la historia, se puede llegar a ser un universitario competente y un buen profesional superior con cero cultura clásica.

- Serios cambios de pensamiento y actitud (a veces, casi una segunda naturaleza) debidos a la comunicación y la industria del entretenimiento: la corrección política sofoca. Las actitudes de las personas, aquello que celebran y aquello que lamentan, se ha vuelto muy mudable en poco tiempo. Las enfermedades nerviosas y mentales se dispararon con el Covid, así como los suicidios.
- Radical desacuerdo sobre lo fundamental.
- Cambio tecnológico, el más obvio y rico en consecuencias, como lo que sigue.
- La irrelevancia del espacio; ya no sirve poner tierra de por medio. Estés donde estés, no tendrás ningún refugio para emboscarte. Si eres profesor, estés donde estés, no te relajes, atiende el *whatsapp*, presenta documentos, imparte clase por vía digital, atiende estudiantes.
- Una brutal aceleración del tiempo que, como dice Higinio Marín, ha alcanzado el “umbral de ruptura”: el cambio en el mundo exterior es más rápido que el cambio asumible viviendo una vida normal. El ritmo exponencial de cambio no es humano.
- Importantes cambios en el Derecho que carecen de precedentes y tienden a producir nihilismo jurídico (nos detendremos en el Derecho un poco más adelante).

Indirectamente, todos esos cambios afectan al constitucionalismo y algunos, como los jurídicos, muy directamente. Haciendo balance, es de temer que la suma de todo lo dicho meta palos en las ruedas de las bases socioculturales de cualquier constitucionalismo porque, en un nivel bastante más profundo, el tipo de mundo que ahí se esboza es un mundo no humano o “deshumano” (Ballesteros). Varios aspectos de nuestra organización social dificultan la sociabilidad humana; más claramente, tras el Covid. Masas crecientes de personas solitarias; masas crecientes de niños sin padre (en USA especialmente); masas de jóvenes en cuyo horizonte no está una familia ni un trabajo estable pues tendencialmente todos serían *freelancers*. En unas décadas habrá un cierto número de personas que no tengan hermanos, tíos, primos ni hijos. Por primera vez en la historia la identidad sexual es discutible. En “una sociedad sin hijos” (Blanco Desar) en la que muchos tampoco serán padres, ¿qué valor tendrá el *standard* de interpretación jurídica del *bonus paterfamilias*? Tampoco faltarán quienes no hayan tenido la experiencia de vivir con un padre; incluyendo, tal vez, al juez que juzga litigios de familia.

Comentaremos algunos de los cambios mencionados y otros conexos con ellos.

II. LO QUE HA CAMBIADO

A. EL CAMBIO ANTROPOLÓGICO

En general (no solo en España), el cambio antropológico tiene que ver con la percepción que el hombre tiene de su propio lugar en el cosmos, problema ya detectado por Max Scheler en una conferencia de 1927 con ese título. De esa posición rebajada que Scheler detectaba (pero no aprobaba) al posthumanismo, la “inutilidad de la dignidad humana” (Macklin, Pinker) o la equiparación con *every sentient being*, no hay mucho. El antropocentrismo ya es pasado. En concreto, el tipo humano español está seriamente alterado.

Ese cambio antropológico, inimaginable hace bien poco, podría culminar en un mundo postcristiano, posthumano o transhumano, radicando a las personas sobre una base de silicio. Por todas partes vemos deshumanización, desencarnación, “descosificación”. Ya no es que el mundo esté desencantado, sin nada de mágico (visión pagana), ni que ya no sea “sacramental” (visión cristiana); es que se desmaterializa, tanto porque se vuelve más y más virtual como porque tendemos a no tener nada como propio mucho tiempo. Tras separarnos de las personas, ahora nos separan de las cosas: “no tendrás nada y serás feliz” (Foro de Davos, 2021). Esta descosificación es compatible con la cosificación del cuerpo humano, que entra a gran velocidad en las *res intra commercium*.

La gente en España no canta por la calle. La acedia es lo normal; poca alegría de vivir se ve. Hay “una extraña desgana de futuro en Europa”⁴. Hace decenios que lo que era normal desde el neolítico, los niños correteando en calles y plazas y jugando a juegos no diseñados por profesionales, no forman parte de nuestro paisaje. La infertilidad y la esterilidad, que *prima facie* no suenan naturales ni buenas, están ahora bien consideradas; reproducirse es una irresponsabilidad. ¿De qué lado nos estaríamos inclinando más: del de la vida o del de la muerte?

La nueva antropología repercute en el Derecho y la Constitución: fragilidad y miedo, indefensión, sumisión, pérdida de la *inherent mistrust to authority*, relaciones personales debilitadas, decaimiento de la comunidad (el hombre aislado ejerce más difícilmente sus derechos), desarraigo. No hace falta ponerse trágico ni ver conspiraciones en todo: basta acostumbrarse a estar solo y no salir de casa; basta perder el hábito de hacer las cosas uno por sí mismo, de tomar decisiones, de asumir responsabilidades, de ejercer el espíritu crítico; basta que uno necesite preguntar a un experto cómo subirse sus calcetines (Chesterton preferiría sonarse sus propias narices). Así difícilmente habrá Atenas de Pericles ni constitucionalismo americano.

⁴J. Ratzinger, *Europa, raíces, identidad y misión*, Madrid, 2005, 22.

Es “el callejón sin salida del individuo desencarnado”⁵. He ahí de nuevo la descorporalización, torpedo en la línea de flotación del hombre y de la sociedad. “Cada vez tenemos menos amigos cercanos”⁶. “Nos estamos quedando sin sociedad” (J. Mosquera). Antes era común ir a casa de un amigo sin avisar; hoy las puertas están cerradas. Cada vez dependemos menos de los demás y más del poder público –y de los tutoriales de Google, que hasta para freír un huevo consultamos en vez de consultar a nuestra madre o un vecino–. ¿No afectará todo ello a la sociabilidad? También dependemos de internet para averiguar qué tiempo hará mañana; somos la primera generación que no sabe predecirlo mirando al cielo.

Detengámonos un minuto: hemos dicho que “cada vez dependemos menos de los demás y más del poder y de Google”: otro rasgo de “deshumanidad”. Lo humano es proceder de un hombre y una mujer (todos tenemos ombligo), ser hijo (y, la mayoría, padre o madre), lo humano es depender unos de otros y atender a los que dependen de nosotros; lo humano y lo social es la cadena de las generaciones. En vez del obsesivo “cuidate”, sería más humano, más social y, al final, más realista, “recuerda que fuiste cuidado y un día tienes que cuidar a otros”. Debilitar nuestra conexión con los demás, negar nuestra interdependencia con los otros, no es solo debilitar la sociedad, es también atacar nuestra humanidad.

Este hombre “vencido de antemano por el insuperable desequilibrio entre la máquina moderna y él”; obsoleto (G. Anders), cansado, quemado y esclavizado aunque se crea libre (B.C. Han) está desbordado por las dimensiones no humanas de todo lo que le sucede: información, viajes, sucesos, catástrofes, cambio climático...

B. UN RADICAL DESACUERDO SOBRE LO FUNDAMENTAL

Es innecesario justificar una referencia al clásico *agreement on fundamentals*. Hoy no se precisa filosofar mucho para sentirnos movidos a preguntarnos: ¿qué nos pasa, que no hay acuerdo sobre nada? ¿Por qué no cesamos de revisar las bases históricas, jurídicas o biológicas de todo? ¿Por qué la discusión genuinamente política decae mientras que cada día se abre una nueva sobre género, lenguaje, palabras, odio, fobias, historia, cruces, estatuas o eutanasia? Además, el proceso es muy rápido: ¿quién creería hace 20 años que iba a haber lecturas infantiles con *drag queens* en las bibliotecas públicas o que se dictarían normas unificando el lenguaje en las universidades canadienses, o que se censurarían los

⁵Canet, *Aceprensa*, 21-VII-2021, acerca de O. Carter Snead, *What it Means to be Human*, 2020.

⁶Borlado, *Aceprensa*, 21-VII-2021.

*whatsapp*s? ¿Quién, no siendo especialista, conocía la palabra “transgénero” hace veinte años?

Hoy, el desacuerdo afecta a casi todo. No se puede dar por supuesto que una rosa sea una rosa ni un hombre sea un hombre. No hay una fuente de legitimidad generalmente aceptada. Ninguna *shared social view* ocupa el horizonte cultural de nuestra sociedad, como ocurrió siempre. Y esto no es metafísica. En 1983 más del 50 por cien de los americanos vieron el episodio final de la serie *MASH*; en 2019 el final de la popular *Game of Thrones* fue vista solo por el 4 por cien. Aunque solo fuera por eso, era más fácil que los americanos se entendieran entre ellos y hablaran el mismo lenguaje en 1983 que ahora. Como la “fraccionalización” (Alstin) crece erosionando la cohesión social, ninguna sociedad soportará fraccionalizarse *ad infinitum*.

C. LA DESCOMPOSICIÓN SOCIAL

He aquí otro aspecto insuficientemente atendido entre nosotros. Toda sociedad tiene un mínimo de orden y estructura porque el mundo es de por sí ordenado (es una de las bases del constitucionalismo) y se podría vivir en él sin un Leviatán, pésele a Hobbes. Las tribus pieles rojas y los clanes de la Gallaecia prerromana tenían un orden “natural”. Hoy, ese orden social básico sobre el que la Constitución española se reconocía está en crisis: las funciones sociales básicas, las jerarquías “naturales” no formalizadas, *the ties that bind*, todo se desmorona ante nuestros ojos. No solo los padres, los abuelos y los párrocos sino el médico o el maestro rural. Y con ellos se erosionan instituciones, costumbres y hábitos que hacían posible que funcionase la sociedad, el Derecho, y en particular el Derecho constitucional. Pero como *natura abhorret vacuum*, todo vacío es ocupado por el poder: no por la Constitución (lo que tampoco sería lo mejor) sino por el Estado, Google, la Unión Europea y la industria del entretenimiento. Es semejante al fin de la ética cristiana: pasada la ilusión que algunos ponían, lo que vino después no fue una nueva ética autónoma, constitucional y democrática sino por un lado la corrupción y por otro el vacío ya profetizado por Weber (incluso un mundo enseñoreado por demonios; tal vez exageró) al final de su obra citada.

El fin de lo simplemente popular –palabras, refranes, historias de reboticas, canciones, bailes, juegos, costumbres– ya está aquí, sustituido por lo oficial o lo creado por los expertos (en medicina familiar y educación es muy claro) y por la industria del entretenimiento. La suma del Estado, los expertos y Google hace difícil que surja algo espontáneo o popular: todo ha de estar ya creado, previsto, protocolizado, supervisado, higienizado. En los años 60 lamentaba el polémico Pasolini el fin de lo popular en Italia, y no a causa del fascismo sino del capitalismo.

La nuestra es una sociedad “patógena”⁷. Los desequilibrios personales, las enfermedades nerviosas y los suicidios están ahí, y creciendo. Ya lo dijo Freud pero culpando de ello a la moral sexual judeocristiana. Los hechos probaron cuánto erraba en la causa.

D. UNIFORMIDAD

El desacuerdo radical, la fraccionalización y la descomposición social, tendencias todas de carácter divisivo, no obstan para que nuestro mundo esté caminando hacia una homogeneidad nunca vista. Las constantes alabanzas oficiales del pluralismo y la diversidad no pueden ocultar la realidad.

Si la globalización continuara (lo que está por ver), tendencialmente el mundo terminaría siendo muy uniforme, con una uniformidad impuesta. Una única forma de vida, una única lengua importante, el inglés, una única corrección política y una única manera de hablar, una misma antropología, unos mismos y únicos valores (especie de difusa religiosidad) patrocinados por la ONU, la UE y demás organismos supranacionales, una única forma de gobierno, una única economía.

China, Rusia, el mundo islámico y África hacen improbable que esos planteamientos globalistas triunfen abiertamente en todo el globo pero podrían triunfar en Europa, las Américas y Oceanía.

E. ¿TENDENCIAS DESHUMANIZADORAS?

Al seguir haciéndonos preguntas –no queda otro remedio: “es indigno del hombre no buscar la verdad”– topamos con este problema igualmente novedoso. ¿Estamos ya en una verdadera “estructura de deshumanidad”? ¿Una estructura de vida y organización que, en bastantes aspectos (no todos) no está hecha a la medida del hombre? ¿Un sistema en el que el hombre medio no es el centro, o cada vez menos? Como es sabido, parte de la información actual está generada y escrita por robots. En Asia hay robots con apariencia humana que presentan telediarios. Las personas jóvenes no ven lo que aparece ante sus ojos sino, sobre todo, lo que aparece en sus pantallas.

Podemos detectar ciertas tendencias “estructurales” que parecen crecer autónomamente –ejemplo: la disminución de la espontaneidad– y que afectarían negativamente a cualquier sociedad y a *fortiori* a una democracia más que “semántica” en el sentido de Loewenstein. Algo así como si el mundo actual, dejado enteramente a su propia dinámica, condujera de por sí a una “deshumanidad” o “no-humanidad”. Así, ciertas fuerzas

⁷Martín Echavarría, “El carácter patógeno de la cultura contemporánea”, *Ius Publicum*, 35, 2015, 11-34.

importantes, dejadas hasta sus extremos, resultan deshumanizadoras: el predominio total de la tecnociencia y la economía financiera, la sumisión a las metas de contención de deuda y déficit, la competitividad a todo precio, la minimización del gasto y la maximización del beneficio (ahora a escala global); la absolutización de metas en sí mismas buenas pero descarriladas, como controlar el calentamiento global, la manera de gestionar la pandemia, las tendencias a “producir” personas sobrantes y descartables, la ominosa inteligencia artificial... También fomentan la desconexión respecto de la libertad personal y debilitan el razonamiento específicamente jurídico, que implica distinguir y enjuiciar con criterios de justo o injusto.

Otras de las tendencias aquí mencionadas no tienen una conexión necesaria entre ellas pero van en la misma dirección: tendencias a la efimeridad, a la “fraccionalización” y el desarraigo. Su impulso espontáneo es crecer autónomamente y en una dirección no humanística.

Si, por tanto, cabe algún fundamento para decir que existen tendencias deshumanizadoras, cabrá también decir lo que sigue.

Primero: Necesitamos reponer la humanidad en todo. Durante siglos y siglos todo, excepto un terremoto, tenía dimensiones humanas: éxitos y fracasos, buenas y malas acciones, guerra y paz. ¿Existe una frontera de lo humano, una raya a cuyo otro lado están las dimensiones no humanas? Probablemente. Por ejemplo: ¿Cuánta capacidad tiene el hombre de “digerir” nuevos hechos, sucesos y experiencias? Somos limitados, solo podremos digerir un máximo de X sucesos e información por día, mes o año; no más, ni hace falta.

Segundo y similar, podemos admitir hasta un grado X de fraccionalización. Pero internet nos fracciona más y más. Si ese proceso no se frena dificultará la existencia de una opinión mínimamente pública, de un mínimo de percepciones y propósitos comunes a la gran mayoría. Si dos personas se ponen a leer la misma noticia en el mismo periódico en internet, la noticia será idéntica, pero los anuncios que acompañan al texto serán distintos porque los algoritmos conocen sus respectivos intereses y adaptan la publicidad como un traje a medida sobre la marcha. Curiosamente, la realidad muestra que esa fraccionalización coexiste con el pensamiento único y la corrección política sofocante.

Chile, en este momento⁸ laboratorio constitucional de la humanidad, ilustra esto. Su Convención Constitucional ha propuesto una magna carta con no pocos planteamientos marcadamente particularistas. Un contraejemplo lo iluminará mejor: la Constitución española de 1978, aunque bien lejos de ser perfecta, tuvo el mérito de no agredir a ningún grupo social; no resultó particularmente divisiva ni excluyente para nadie. En cambio, no pocos miembros de la Convención Constitucional chilena han

⁸Primavera de 2022.

sido elegidos por razones tan particularistas que dividen a la gente: este, por representar a los pueblos indígenas; otro, por los derechos al uso del agua; un tercero, por los derechos de los animales y así sucesivamente. Si se llega a aprobar una nueva Constitución que refleje todo eso (lo que no se sabe en el momento de escribir estas líneas), correrá el riesgo de no dirigirse a todo Chile sino a determinados enclaves sociales, identitarios o étnicos.

Tercero, podemos digerir hasta un máximo de X realidades virtuales; más allá produciremos soledad, *nerds*, *hikikomoris*, “sologamia”, suicidios. Aunque cada día hay más, los medios españoles apenas mencionan el suicidio. Pero durante el Covid murieron más personas jóvenes por suicidio que por Covid y sigue habiendo muchos más suicidios que muertes en las carreteras aunque los informativos insistan hasta la pesadez en estas.

Cuarto, igualmente podemos digerir solo hasta X mudanzas y cambios (de lugar, de cultura, de entorno social, personal o familiar, de zona horaria, de profesión) por día/mes/año/vida. La pretensión, típica de cierta derecha neoliberal y tecnocrática, de que nos reinventemos cada vez más veces en la vida, es un sinsentido contrario a la naturaleza humana y que implica carecer de sustancia personal estable. La efimeridad y la inestabilidad no son buenas *a priori* y deben tener un límite.

No parece exagerado deducir, por tanto, que algunas de las actuales transformaciones económicas y técnicas generan un mundo “deshumano”. Basta compararlo con el *Mundo de Ayer*, de Zweig⁹, el mundo *improvident and cheerful* de Wodehouse¹⁰ o la Comarca de los Hobbits. Entramos en un mundo que deja de ser casa o lar para los hombres y mujeres comunes; un gran centro comercial: objetos de consumo vulgares y antiestéticos, diversiones descerebradas y centrifugadoras. Fuera del centro comercial la intemperie es hostil y competitiva; no es fácil sacar adelante una familia ni aceptando vivir pobremente. Un mundo uniforme de personas anestesiadas y últimamente empobrecidas y sancionadas. Hoy resulta difícil todo, incluso ir a una oficina pública sin cita previa; resultan fáciles los viajes baratos, el consumo, el sexo, el entretenimiento digital, la inmigración y ciertas subvenciones.

F. LO QUE VA MAL PARA EL DERECHO CONSTITUCIONAL, EN PARTICULAR, EL ESPAÑOL

Teniendo este trabajo su origen en el estudio al nivel, nada filosófico, del Derecho constitucional español es inevitable ahora volver.

⁹*El Mundo de Ayer: Memorias de un europeo*, Stefan Zweig, Barcelona, varias ediciones.

¹⁰P.G. Wodehouse, “Mi mundo y lo que le ocurrió”, en *¡Pues Vaya!*, Barcelona, 2004, 717-726.

La citada pérdida del acuerdo fundamental es lo primero que no va bien: sin él, las leyes o la Constitución pueden significar lo que desee el intérprete de turno, como hemos visto en España con varios artículos de la Constitución como el 15 (derecho a la vida) o el 32.1 (matrimonio), redactados ambos originalmente de una forma que parecía inequívoca.

Ha sufrido también una gran sacudida lo más básico del Derecho, antes jamás cuestionado: alguna forma de Derecho natural o equivalente, los requisitos de alteridad y paridad ontológica; se han admitido delitos de odio y fobia cuando ni el uno ni la otra son conceptos jurídicos, hay nuevos derechos, ahora sobre personas y sobre uno mismo, ha cambiado la relación del Derecho con la biología, que antes venía dada y parece haberse invertido al admitir legalmente el matrimonio homosexual; abolición fáctica de la presunción de inocencia (blanqueo de dinero, lucha antiterrorista); supresión de la argumentación jurídica porque quien sanciona es una máquina (excesos de velocidad) o porque se repite el mantra español “la ley es la ley y es para cumplirla”¹¹. No escasean ejemplos en leyes y sentencias. Antes, tirios y troyanos hablaban a los estudiantes, desde el primer día de clase, de la teleología de la norma como criterio para interpretarla (seguridad vial, por ejemplo); hoy lo que cuenta es la letra. En un aeropuerto, la presunción de inocencia parece desaparecida pues todos los que toman un avión tienen que probarla.

Hominum causa omne ius constitutum est ha dejado de ser cierto tanto por la manipulación del hombre por el hombre como por la centralidad de la economía especulativo-financiera.

Merece particular mención el cambio en el papel del Derecho penal, ahora instrumento cotidiano de gobierno y reconfiguración social. El *government by fear* es cada vez más indisimulado. Es más difícil evadir una multa administrativa hoy que bajo Franco y más arriesgado insultar a la policía ahora que en 1970. El miedo a la seria sanción administrativa o fiscal se ha convertido en parte del paisaje cotidiano.

Otro importante obstáculo a cualquier constitucionalismo más que formal es la implacabilidad del estado español, nunca más irrelevante en el exterior ni más irresistible en el interior. El estado siempre había sido torpe e ineficiente. Por las fisuras de su ineficiencia y por la fuerza de las relaciones personales se filtraba algo de libertad (y de caciquismo y corrupción, pues la vida es así). España siempre había sido muy humana; ahora, bastante menos que Portugal e Italia; basta salir a la calle. Ni siquiera hay policías municipales amables para preguntarles una dirección o la hora que es.

Últimamente –incluso dejando aparte los “policías de balcón” de la época Covid–, el estado, al reforzar su implacabilidad, daña la *civility*

¹¹Sugiero mi modesto “Nihilismo jurídico: ¿etsi ius non daretur?”, *Persona y Derecho* (78), 2018, 293-322.

of society. Para combatir el blanqueo de dinero, el estado se sirve de la sociedad civil. Notarios, abogados o banqueros deben ahora traicionar la confianza de sus clientes y denunciarlos o impedirles disponer de su dinero lícito. La lucha contra el blanqueo prospera pero la sociedad civil se debilita y los controles se multiplican; ya no son verticales; también horizontales. El individuo, en vez de beneficiarse de la protección natural de la sociedad civil, se encuentra ahora con que esta no le protege y él está como en el centro de una malla. Esa malla suma al poder “duro” de siempre el nuevo poder “blando”, y los que gobiernan (o aspiran) lo saben. Salvador Allende fracasó en 1973 porque su gobierno era minoritario y porque el resto de la institucionalidad chilena y la sociedad civil permanecían intactos (y la *political correctness* no se había inventado). Ahora, hay países teóricamente democráticos en los que el poder público puede tener todo bajo mano, directa o indirectamente, desde la judicatura hasta el control de la veracidad de las informaciones. Al final, el ciudadano discrepante no tendrá frente a sí una espada sino una red en la que, deliberadamente o no, todas las piezas encajan y contribuyen a la “estructura de deshumanidad”. Y la idea de red es más opuesta a la división de poderes que la espada. La única red que necesita el constitucionalismo es la red de virtudes cívicas propias de una “ciudad justa de personas justas”¹² o lo que menos se aleje de ello.

Los nuevos derechos están a caballo entre el cambio antropológico (pues en ellos la imagen del hombre es muy distinta) y las transformaciones en el mundo jurídico. No forman una categoría unitaria y tampoco son extrapolación ni evolución natural de las anteriores generaciones de derechos (liberales, sociales); también en este punto se percibe un fin de ciclo. No frenan el poder sino que lo aumentan, y de ahí conectarlos con la “rebelión de las élites”; son derechos sobre el hombre, que parece ser su objeto, más que del hombre¹³.

En suma, proponemos concretar, en lo posible, los cambios socio-jurídicos como sigue:

- a) Del personalismo al institucionalismo. Tradicionalmente las instituciones eran lejanas y abstractas; ahora lo lejano son los vecinos. Estando el agudo observador Camba en Londres hacia 1900 vio un hombre-anuncio pidiendo buenos ciudadanos para Memphis (Tennessee, USA). Reflexionó, entonces, que el español es (o creía él que era en aquellos tiempos) buena persona, un hidalgo, “un hombre admirable; pero no como ciudadano”¹⁴. Suavizando la afirmación, la tradición española, como la de otros países próximos, era, efectivamente, de

¹²Paulo Ferreira da Cunha, *Arte Constitucional*, João Pessoa, 2022, V, III.

¹³Sugiero “Pasado y Presente de los Derechos”, *Ius Publicum*, 47, 2021.

¹⁴Julio Camba, *Londres*, Madrid, 1939, 126-127.

esa clase: tendencialmente, buenas personas, buenos hijos, padres o amigos; malos ciudadanos. Hoy los españoles han mejorado mucho como ciudadanos pero sus cualidades humanas se han deteriorado.

- b) De la moral básicamente cristiana y el sentido común a la ética y el legalismo sin sentido común ni raciocinio personal. Difícilmente se generará, así, una “constitución ciudadana”. El positivismo, el legalismo, el cientificismo, el dominio del experto y el relativismo exagerado han hecho mucho daño al sentido común no solo en la vida jurídica sino en toda la vida social. Ello es particularmente desafortunado porque aunque el sentido común es una facultad innata, se puede fomentar o reprimir (últimamente, lo segundo hasta casi anularlo).
- c) De contentarse, el poder, con mandar sobre lo más básico, a buscar la ingeniería social, el control social y, últimamente, también el personal.
- d) De que las relaciones fuertes fuesen las horizontales, persona-persona (lealtad a familia, comunidad y amigos) a que sean las verticales, persona-poder público. Ahora los españoles son más leales al estado que al vecino, al que denuncian porque lo manda el estado incluso antes de haber sufrido daño alguno, aunque mañana le pidan prestado un destornillador (alguna vez, literalmente así). Esto era inimaginable hace poco.

La libertad ha sufrido también un rudo golpe, desde la vigilancia y control universales hasta las nuevas censuras, incluida la censura social. Raramente se oye “vive y deja vivir” sino “confórmate”, “cumple las normas-que-nos-hemos-dado”: algo así como lo que dice la Unión Europea a sus Estados miembros de segunda división. Diversos movimientos, desde la lucha contra el blanqueo hasta el movimiento LGBTI, no se conforman con el respeto sino que nos piden nuestra aprobación.

¿Es exagerado decir que estamos ante un cambio sin precedentes? Juzgue el lector. Una fiscal del Tribunal Supremo¹⁵ publicó en *El Mundo* lo siguiente:

“El control de la acumulación de poder es el gran problema [...] Karl Popper jugó con la hipótesis inconcebible de una sociedad abstracta en la que los hombres no se encontrasen nunca cara a cara, donde los negocios fuesen concertados telemáticamente por individuos aislados. En esa sociedad despersonalizada, la vida transcurriría en el anonimato, el aislamiento y el infortunio. Esa hipótesis inconcebible se ha hecho realidad: muerte, enfermedad, pérdida de seres queridos, temor al contagio propio y ajeno, inaccesibilidad al diagnóstico y al tratamiento, inexistencia de instrumentos de protección. A tanta aflicción se han sumado la impotencia del aislamiento y la amargura de la soledad. La tecnología proporciona recursos comunicativos e incluso impone una hiperconectividad, sustitutoria de la satisfacción emocional. Triste

¹⁵Consuelo Madrigal, fiscal del TS, “La Sociedad Cautiva”, diario *El Mundo*, 4-V-2020.

sustituto que ha sido –lo sabemos–, manipulado, monitorizado y pervertido desde el poder.

Por el confinamiento, [...], unos pocos han hecho negocio. Pero el más sucio de los negocios es la apropiación ilícita de poder; la que aprovecha el miedo, el cautiverio y la postración de la sociedad.

Constituye un ejercicio antidemocrático de poder la imposición encubierta, y sin el control interno y europeo, de un verdadero estado de excepción, en el que se restringen severamente los derechos [...]"

En los años 70 España maduraba, en mayor o menor grado, hacia la democracia. Hoy madura, en mayor o menor grado, hacia la autocracia aunque se mantengan las formas (y quizá cada vez menos: ley “Mordaza” española). No vendrá una dictadura de general bigotudo a caballo, sino otra tocquevilleana, “siliconizada” (Sadín) y de panóptico, y quizá estemos ya en ella. En aquellos esperanzados años –en los que creíamos que después de Franco desaparecería toda injusticia y todo dolor de muelas–, cada pequeña libertad, cada recorte a la arbitrariedad administrativa y gubernamental, parecían sin marcha atrás, como un piñón fijo. Hoy, piñón fijo inverso, cada nuevo control, cada vigilancia, cada subida de impuestos, cada nuevo recorte de libertad, cada incremento tributario, parece también sin marcha atrás. Entonces, aunque modestos, soplaban vientos de libertad, pues ni los franquistas esperaban que todo continuase igual; hoy, soplan de panóptico y conformidad. Adiós a aquella rebeldía natural que era parte de la imagen clásica de los españoles. Son sumisos, aceptan con poca resistencia no solo los recortes de libertad sino también los de sus modestas pensiones; incluso –y esto no había sucedido ni en las dictaduras– las universidades se someten, y de corazón; tendencialmente, todas se han vuelto escuelas de negocios. Son crédulos, creen en el estado y su ley, todavía más, en la UE y en los expertos. Asumen la inevitabilidad de la desigualdad y el neoautoritarismo con un cansino “es lo que hay”, no hay alternativa, aunque les sometan y empobrezcan. A los españoles que se consideran de izquierda, si les dicen que los activos de BlackRock son muy superiores al PIB español y que sus ganancias en España aumentan mucho, les es poco menos que indiferente (un tipo de problema que PSOE y Podemos apenas mencionan; parece que las políticas antropológicas y morales no les dejan tiempo).

Querer, o aceptar, ser mandado, ser controlado y entregar el propio dinero, no es natural. Quien quiera eso, debería ir al psiquiatra. Un niño aldeano de 1950 no lo querría. Para saber hasta dónde llega nuestra “servidumbre voluntaria” (De la Boétie), apliquemos esos tres tests –aceptar/rechazar impuestos, cumplir/no cumplir la ley, amar/recelar de la policía–. Los españoles, hoy, aceptan los impuestos, muestran pasión por la ley y el orden, y aman o respetan a la policía; otra novedad histórica. Se trata de tres cosas que nunca fueron así. No pocas personas cultas, honradas y buenos profesionales parecen hoy entregadas a la conformidad. ¿No afectará

eso a la vida real de cualquier Constitución, de cualquier ordenamiento jurídico? De ahí el tremendo cambio histórico, posiblemente relacionado con la “rebelión de las elites”. Los franquistas querían a Franco; no a las leyes ni a la policía y no gustaban de pagar impuestos por ligeros que fuesen. Hoy, el tradicional alejamiento español respecto del estado ha desaparecido. Ese alejamiento era lo natural, pues el estado no es mi vecino y tanto puede ser mi protector como mi perseguidor; incluso esa hada madrina altruista que es la UE ha mostrado en Grecia de lo que es capaz.

Esta maduración autocrática no es neofranquismo aunque los españoles quieran autoconvencerse de ello; si lo fuera, tarde o temprano terminaría, pues hace muchos más años que murió Franco que los que gobernó. Recuerda más bien a la *alt-right* americana, a la derecha postcristiana y amoral; al autoritario y tecnológico neoliberalismo; al viraje hacia el transhumanismo con muchas libertades sexuales y mucho control biopolítico.

III. ¿REALMENTE VA TODO TAN MAL? ¿ACASO ES MALO EL MUNDO?

Eso me lo han reprochado varias personas. La respuesta es que nada está más lejos de la realidad. Veamos.

Algunos critican estas posturas por ser, por así decir, “antimundo”, contrarias al mundo. Me atrevería a decir que están equivocados. Consideremos, por ejemplo, rechazar la maternidad subrogada o vientres de alquiler: en principio, “rechazar” suena mal, pero ¿qué postura es más profundo, rechazarlos o permitirlos? ¿Qué posición es más respetuosa con la lógica natural del mundo: rechazar los hijos de tres padres o permitirlos? ¿Prohibir las hibridaciones hombre-animal u hombre-máquina, o permitir las en nombre del progreso tecnológico? ¿Legalizar el matrimonio homosexual, adopción incluida, o permitir solo el heterosexual? O tomemos los defensores de no reproducirse: sostienen que estamos dañando el mundo natural. ¿Acaso la humanidad no es natural?

Dicho eso, diremos también que no va todo mal. Para empezar, hay muchísima gente buena e incluso muy buena. Los resortes morales no han desaparecido: el Covid y, ahora, Ucrania, abundan en ejemplos, incluso heroicos, de conmovedora generosidad y solidaridad. El mundo no es malo. La gente que me rodea en mi mundo, *hic et nunc*, se reparte, como siempre, en buena, mala y regular, pero yo diría que es en su mayoría buena. Vivir entre ellos no es una tortura: abro los ojos y en mi ciudad y mi Universidad no veo ni rastro de la *bellum omnium contra omnes* ni del *homo homini lupus*; la vida no es *solitary, poor, nasty, brutish and short*. Como en el *Mooreffoc* chesteroniano, las reuniones de familiares o amigos con un buen café o una buena cerveza son la vida. No tengo ansia alguna de abandonar mi mundo, a pesar de los pesares.

El mundo no es malo. Cuando decimos que va mal el mundo actual lo negativo recae más en *actual* que en *mundo*, que no se hace malo ni bueno en unos pocos años como por ensalmo. Al decir eso en lenguaje ordinario aludimos a ciertos rasgos dominantes de la civilización actual, algunos de los cuales son negativos para el hombre, la comunidad humana, el mundo e incluso las cosas materiales. Es TikTok lo que está contra el mundo –en particular, contra nuestros hijos y nietos–; no Aristóteles. Tampoco se trata de que la civilización actual se haya vuelto muy del mundo en el sentido de muy “mundana”; la mundanidad no es lo que está ahora en juego (eso, si acaso, antes). El “mundo actual” es postmundano en el mismo sentido que es posthumano; si ya no es antropocéntrico no es porque se haya hecho mundo-céntrico. Este autor no es antimundo; lo son los que no admiten que *res sunt*, los que profesan “ontofobia”¹⁶, los partidarios de deteriorar o disminuir nuestra humanidad y de violar las leyes del mundo natural; los que defienden la “no reproducción” o el “no cosas”. La cancelación, la intolerancia, la abolición del perdón, la lucha contra el blanqueo, la Agenda 2030 y demás metas de hoy no son mundanas; son exigentes, puritanas y nada frívolas. La gente ríe menos. “El moralismo postcristiano es terrible, exigente y no perdonador”¹⁷.

Innecesario insistir en que la técnica no es mala de por sí: de no ser por la tecnología médica, este firmante, como más de un lector, seguramente no estaría vivo. España funciona: las ciudades están limpias, funcionan los semáforos, los hospitales, los transportes, las señalizaciones, las oficinas públicas, el correo, los bancos. Hay orden y limpieza (mucho más que en Roma, por ejemplo). No es un país “de charanga y pandereta” sino un país cada vez más serio.

Además de los indiscutibles avances hay que señalar que la actual visión dominante tiene muchos aspectos muy positivos: la sensibilidad social en las empresas ha aumentado; así como la compasión, la preocupación por la sensibilidad y el medio ambiente, la actitud de cuidar (del Planeta, por ejemplo), las emociones, la transparencia, el rechazo de las desigualdades injustas, la necesidad de identificarse con algo. El reconocimiento de la mujer y su presencia en todas las profesiones es otro avance particularmente notable.

Volviendo a las críticas, se me objetará –así, me lo objeta el conocido filósofo Higinio Marín¹⁸– que los aspectos negativos del panorama aquí descrito “deja[n] poca holgura para alegrarse de que vivamos más años, que las mujeres no mueran en el parto, que los niños (los nacidos)

¹⁶Además de Ortega sobre Kant procede recordar a Chesterton sobre Aquino: *If the morbid Renaissance intellectual is supposed to say, “To be or not to be – that is the question”, then the massive medieval doctor does most certainly reply in a voice of thunder, “To be – that is the answer”* (GKC, *St. Thomas Aquinas*, NY, 1933, 132; cap. IV).

¹⁷R.J. Snell, “Returning to Egypt: On the Loss of Mercy”, *Public Discourse*, 3 de abril de 2021.

¹⁸Carta a este autor, marzo de 2022, *pro manuscripto*.

sobrevivan casi todos a su infancia, que podamos comunicarnos con facilidad insólita, que vivamos sin temer la violencia ni esperemos morir violentamente nosotros ni los nuestros, que la sanidad y educación sea universal (y mala), que sean muchos menos los pobres (y muchos más los ricos), y tantas otras cosas”.

Si estoy en lo cierto, todo lo positivo que dice el Prof. Marín, que es mucho, no contrarrestará los males identificados aquí. Podemos comunicarnos mejor, morir en la cama sin violencia y tener sanidad y educación y todo eso es bueno. Pero todo eso, por sí solo, no detendrá el cambio antropológico, ni los experimentos con material genético humano, ni la maternidad subrogada, ni la vigilancia universal, ni dará empleo a la gente, ni devolverá una dimensión humana al tiempo y al espacio. Constituyen “mejoras objetivas con valor moral y humanizador”, como piensa él, pero operan en otra dimensión. Imaginemos que continuaran mejorando *ad infinitum*: no nos devolverían, por ejemplo, ni un ápice de sentido común. No nos acercarían un milímetro al reconocimiento social de un derecho natural, cuya ausencia se está revelando muy dañina. Tampoco detendrían los experimentos de hibridación hombre-animal-máquina.

De esta manera, la cuestión no es la ausencia de avances y aspectos positivos, sino que los que hay no tienden a solucionar nuestros problemas. Tendieron a solucionar otros, como la pobreza, pero no –o no mucho– los nuestros. No contrarrestan, o insuficientemente, la estructura de deshumanidad; no corrigen los problemas que señalan B.C. Han y otros. Tampoco de la transparencia, la sensibilidad ante las desigualdades o el cuidado del Planeta podemos esperar mucho, porque aquí interviene otro factor: son buenos caballos de una cuadriga sin auriga. Mientras hubo sentido común y sentido de la proporción, el capitalismo, aún con sus fallos, fue una fuerza más bien benefactora; hoy es una fuerza depredadora. Sin sentido común –prudencia natural, visión de conjunto, sentido de la proporción, atención a la naturaleza humana, moderación, *reasonability*, en una palabra, *common sense*– aquellas actitudes buenas pueden descarrilar, exagerarse y descompensarse, llevándonos a mayor solicitud por los animales que por las personas, a defender al Planeta pero no a la gente, a ocuparnos de lo remoto más que de lo próximo, como introducir en casa a los refugiados ucranianos pero no a los vecinos (quizá denunciados por nosotros durante el Covid), a identitarismos delirantes, a cancelar libertades. Los antiguos decían que la prudencia era *auriga virtutum*, el auriga del carro de los varios caballos que son las virtudes. Y precisamente nuestro mundo se caracteriza por la falta de sentido común, la inmoderación, la desproporción, la desarmonía. El auriga, el sentido, está medio muerto; nadie lleva las riendas; todas aquellas cosas buenas y otras que no tenemos espacio para detallar, aun siendo innegables, están invertidas. La sensación de barco sin piloto está muy extendida en

el mundo, excepto en China, donde hay piloto y sigue un rumbo, pero marcadamente inhumano.

¿Qué haremos? En primer lugar... lo que podamos; de momento, aquí aún no se vive demasiado mal. Sin ignorar que “sería ilusorio pensar que la tecnología se autoimpondrá esos límites [ser medio y no fin, aceptar los límites éticos de una visión integral de la naturaleza humana], como demuestra la historia reciente”¹⁹. Y Hornborg escribe: *To acknowledge the extent to which the destiny of human society and the biosphere has been delegated to the mindless logic of objects like money and technology is like snapping out of a delusion*²⁰.

No es nuestro trabajo aquí proponer una línea de acción. Pero ¿queremos ir a la raíz de los problemas prepolíticos –los que atacan los fundamentos del artículo 10.1 de la Constitución española– que asolan nuestros constitucionalismos? Entonces, no más cambios y reinventiones que las asimilables en una vida normal; no más inundación con datos e informaciones desproporcionados con el ser humano; no más ruido; no más estímulos; no más vértigo; no más operaciones descomunamente suprahumanas, sean las cósmicas cifras de la crisis económica, las velocidades hipersónicas de los últimos misiles chinos o las cósmicas implicaciones de la necesidad (al parecer, inaplazable) de aterrizar en Marte. *Slow down*. No producir más bienes de consumo sino menos; no más comercio internacional sino menos; no más cargueros por el Estrecho de Malaca sino muchos menos; no más viajes *low cost* sino menos; no más economía de crecimiento sino de reparto; no más tecnología sin norte y autojustificada sino embridada.

Para ese futuro más humano y más constitucional precisamos un mínimo de raíces familiares, sociales, territoriales y culturales; un mínimo de amigos –sin amigos nadie podría vivir, pensaba Aristóteles–, un mínimo de conversaciones más que de ascensor, un mínimo de comunidades de dimensiones humanas; un mínimo de estabilidad; un mínimo de trabajo profesional, de ser útil, de hacer cosas uno por sí mismo, incluso con las manos; un mínimo de espacios vetados al ojo del estado o de Google; un mínimo de relaciones directas con personas, no con roles profesionales (mucho menos, con Siri o Alexa); un mínimo de relaciones estables, incluso algunas de ellas incondicionales; un mínimo de compromisos que den sentido a la vida. Necesitamos volver a ver el mundo y la naturaleza como se vieron desde el Neolítico hasta hace bien poco.

¿Es todo ello posible? La historia no es mecánica. Indicios positivos, no faltan. Algunas personas ricas conectadas con la industria digital envían a sus hijos a escuelas que enseñan artes liberales y son *internet free*. Los desastres naturales, el Covid, la guerra de Ucrania y el cambio climático

¹⁹Mariano Fazio, *Transformar el Mundo desde dentro*, Madrid, 2019, 79.

²⁰Alf Hornborg en *The Conversation*, periódico digital, 22-III-2017.

pueden hacer que la gente retire su confianza a gobiernos y expertos, que ya no pueden pretender que tienen todo bajo control. La vieja confianza en que la técnica resolvería todos los problemas ha muerto. No es descabellado esperar que, tras experimentar en carne propia que el individualismo materialista nos empobrece y convierte en piezas mecánicas, cuando no sobrantes, la gente se aparte de la “noria hedonístico-consumista”. La moralidad y la religiosidad explícitas pueden rebrotar (las implícitas no habían desaparecido nunca; estaban orientadas en otra dirección, como sostiene Cavanaugh²¹). Aunque educados en el “Quiérete, cuídate y no dependas de nadie”, el desempleo, la soledad y los pobres salarios sociales harán que algunos redescubran las ventajas de colaborar en pequeñas comunidades y tener a quién recurrir, especialmente la propia familia, gran redescubrimiento. Por la calle no se ven muchos niños, al revés que perros, pero como la demografía viene estando por los suelos desde decenios, la mayoría de los que hay procede de familias heterosexuales y estables, a veces con hermanos y hermanas, así que no es descabellado pensar que también ellos en su día formen familias más o menos así. “El futuro pertenece a la gente con hijos”, escribe Chaput²². Tras el invierno demográfico, quienes dentro de 50 años pisen este mundo, serán los descendientes solo de quienes hoy admiten tener hijos.

Por último, la generalizada sensación de desorden global ha hecho evidente que el gobierno mundial está dirigido por personas falibles, algunas no particularmente inteligentes y otras corruptas. Si, como escribía Chesterton a principios del siglo XX, quienes creen en el estado creen realmente en quienes manejan el estado, quienes ponían su confianza en el gobierno mundial la ponían realmente en quienes dirigen esos poderes mundiales. La ONU, la UE, la OMC y demás han mostrado que no necesariamente buscan el bien común del mundo (aparte de la dificultad de identificarlo), y que cuando lo buscan, es siempre a su discutible manera. Como la economía y la tecnología, orientadas desde arriba, han sido a menudo hostiles a la gente común, esta redescubrió también la necesidad de autogobernarse, comenzando por pequeñas barriadas y poblaciones. Todo ello reforzará la desconfianza en los gobiernos, hará rebrotar el sentido común, que, como decíamos, al fin y al cabo es innato, el juicio propio y la necesidad de poner un poco de sentido en la vida.

* * *

A base de preguntarnos por lo que va mal en el fondo-fondo del constitucionalismo hemos terminado haciendo un listado de lo que va mal en

²¹William T. Cavanaugh, *Migraciones de lo Sagrado*, Granada, 2021.

²²Charles J. Chaput, “Fire Upon the Earth”, *First Things* V-2022; incidentalmente, este firmante y su esposa tienen ocho hijos.

el mundo, de los diversos aspectos de este caminar hacia un vacío más desconocido y ominoso que lo que Max Weber escribió.

El primer paso para remediar un problema es siempre entenderlo. Los siguientes pasos se irán dando; de hecho, han comenzado ya.

Por otra parte, ¿puede descartarse con toda seguridad científica que la historia esté gobernada no por quienes hoy mandan en el mundo sino por alguna providencia superior?

Cierto, nos enfrentamos a una serie de factores que hacen objetivamente difícil –quizá más que en otras épocas– volver a un mundo humano y con sentido. Pero difícil no es imposible. No todo va mal. Seguimos siendo racionales y libres.